

La coalición dominante del Partido Revolucionario Institucional: auge, crisis y recomposición

Luis Reyes García*

A partir de las disputas Madrazo-Gordillo, podemos decir que los conflictos intercoalición adquieren nuevos significados. En primer lugar, las diferencias no están definidas a partir de la confrontación de proyectos claramente diferenciados de partido y nación, como ocurría en la etapa de las disputas entre tecnócratas y nacionalistas-traditionalistas, ahora las disputas adquieren un sello fundamentalmente pragmático e instrumental, donde lo que se busca es apropiarse de la distribución y control de los incentivos selectivos, como vías para mantener el control de la estructura del partido y promoverse electoralmente y, también, para concentrar fuerza y negociar distintos asuntos con el gobierno panista y las otras fuerzas políticas. Para ello, las distintas fracciones de poder y sus liderazgos se disputan la apropiación de la representación, el interés y la identidad priísta, aunque sólo sea como estrategia de lucha frente a los otros, que buscan el mismo propósito. En este contexto el debate ideológico-programático pierde fuerza, se vuelve difuso, las propuestas de largo plazo son inconsistentes con respecto a la renovación organizativa del PRI y en relación con la definición de una propuesta política de nación como vía para reconquistar la presidencia en la elección del 2006. Así, el debate de ideas se convierte en un esfuerzo coyuntural y de corto plazo y puede cambiar dependiendo de la coyuntura que se tenga que enfrentar, no hay paradigmas duraderos; de esta manera, también las alianzas internas por el poder cambian constantemente.

El presente artículo tiene por objetivo analizar algunos aspectos relacionados con el auge, crisis y recomposición de la coalición dominante. Para el efecto, en primer lugar hacemos un breve recuento de los factores que contribuyeron a hacer de la coalición una entidad unida y cohesionada en la etapa de la hegemonía electoral del PRI. Enseguida identificamos las causas que explican el quiebre de su unidad y cohesión desde principios de

los años ochenta, lo que desembocó en la pérdida de la presidencia de la República en la elección del 2000. A partir de ello, analizamos cómo en los últimos cinco años la coalición priísta ha vivido un proceso constante de recomposición de las alianzas internas por el poder y cómo esto ha propiciado cambios constantes en el diseño y funcionamiento organizativo del priísmo. Así, a partir de este escenario presentamos a manera de conclusión, algunos de los aspectos más significativos del proceso de conformación de la candidatura presidencial del PRI

de cara a las elecciones de 2006, a partir del planteamiento de una serie de interrogantes en las que el proceso de recomposición de la coalición dominante se expresa como algo en constante cambio.

La coalición dominante en los partidos políticos según Angelo Panebianco

De acuerdo con Angelo Panebianco, es un hecho confirmado por todas las investigaciones sobre partidos que los principales recursos de poder de una

* Doctor en Estudios Sociales.

organización tienden a concentrarse en manos de grupos reducidos¹. Así, definiciones como la *Oligarquía* de Michels, el *círculo interno* de Duverger, la *dictadura cesarista plebiscitaria* de Weber y Ostrogorski², expresan la naturaleza de un mismo fenómeno: la concentración del poder al interior de los partidos políticos. Desde la perspectiva de la teoría de las elites estos individuos y grupos concentran recursos y atributos especiales que les facultan para ejercer la función de coordinación y gobierno sobre los demás miembros del grupo o la sociedad³.

¹ Angelo Panebianco, *Modelos de Partido*, Alianza universidad, Madrid, 1990, p. 89.

² Estas diferentes propuestas para conceptualizar a los grupos que controlan los espacios de poder más importantes al interior de los partidos aparecen en: Robert Michels. *Los partidos políticos*, tomo 2, Amorrortu, Buenos Aires, 1985, pp. 153-196; Maurice Duverger. *Los partidos políticos*, FCE, México, 1987, pp. 181-198; Max Weber. *Economía y sociedad*, FCE, México, 1982, pp. 1076-1094; M. Ostrogorsky, *Democracy and the Organization of Political Parties*, Macmillan, Londres, 1902, pp. 285-324.

³ Entre los autores clásicos sobre el tema de las elites, Gaetano Mosca denomina clase política a los grupos dirigentes, considera que para que una clase gobernante sobreviva es necesario que no se quede a la zaga, sino que refleje los cambios que se dan en la sociedad, a través de la apertura y renovación (Gaetano Mosca, *La clase política*, México, FCE, 1984). Por su parte, Vilfredo Pareto habló de la circulación de las elites como un proceso natural de los grupos dirigentes (Dino Fiorot, "Las elites políticas en Vilfredo Pareto", en Rafael Pérez Miranda y Ettore A. Albertoni, *Clase política y élites políticas*, UAM-Plaza y Valdés, México, 1987). En su concepción, el equilibrio social depende de que ciertos individuos circulen de las no elites a las elites. Según Pareto, si la elite se niega a renovarse, si opone resistencia a la absorción de nuevas minorías, se priva del proceso de renovación y puede empujar a la ruptura. Mientras tanto, para Wright Mills la elite es considerada como el círculo íntimo de las clases sociales altas, forma una entidad social y psicológica más o menos compacta y tiene conciencia de pertenecer a una clase social. Mills destacó que este estrato dirigente se caracteriza porque la mayor parte de sus individuos tiene orígenes sociales análogos, mantienen una red de conexiones y, hasta cierto punto, intercambian posiciones en las jerarquías de poder (C. Wright Mills, *La elite del poder*, FCE, México, 1987). Otra propuesta de análisis sobre la misma temática es la de Schrifin (citado en Kurt Lenk y Franz Neumann, *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*, Anagrama, Barcelona, 1980), para quien el problema de los partidos políticos reside en su estructura, la cual está formada por la oligarquía de los dirigentes y la oligarquía del aparato del partido. Según Schrifin estas oligarquías se excluyen mutuamente. De su lado, Robert Dahl, en el marco del análisis del pluralismo democrático, desarrolla el término de "poliarquía", enfatizando la existencia de varios puntos de poder (Robert Dahl, *La poliarquía: participación y oposición*, REI, México, 1993). Adicionalmente, otro planteamiento interesante es el de Neumann (citado por Lenk y Neumann, *Op. Cit.*), quien señala que el problema de la circulación de las elites está ligado a un problema generacional. Neumann afirma que una prueba de la viabilidad política tiene que ver con los diversos métodos que despliegan los sistemas políticos para la conformación de los futuros dirigentes, por lo que el aprendizaje político de los militantes y la oportunidad de igualdades para ser dirigente son fundamentales en una democracia.

Para Panebianco, a los grupos que concentran el poder en las organizaciones partidarias, los podemos definir como *coaliciones dominantes*. El concepto de coalición dominante es un concepto que supera el poder explicativo de las definiciones de Michels, Duverger, Weber y Ostrogorsky en la medida en que da cuenta, de una mejor manera, de las complejidades que son inherentes a la estructuración de los grupos dirigentes de los partidos. El concepto permite reconocer que la coalición dominante no está formada exclusivamente por las dirigencias formales y las fracciones parlamentarias de un partido, sino que también puede estar integrada por liderazgos locales y regionales⁴. Por otro lado, también permite entender que la coalición no es una alianza estable en el tiempo sino que se puede ir transformando a partir de las circunstancias, retos y coyunturas específicas que tiene que ir sorteando la organización partidaria.

Según Panebianco, la coalición dominante concentra los recursos del poder organizativo. Entre ellos, los más importantes son: a) *competencia*, b) *las relaciones con el entorno*, c) *los canales de comunicación*, d) *las reglas formales*, e) *el financiamiento* y f) *reclutamiento*⁵.

El primero se refiere a la competencia entre los líderes y dirigentes para definir quiénes ejercerán las responsabilidades de dirección, representación y gobierno. Es un recurso estrechamente relacionado con la experiencia y la trayectoria política de algunos líderes que los va capacitando para el ejercicio de ciertas funciones. El segundo tiene que ver con la habilidad para conseguir relaciones convenientes con otros actores y/o agencias fuera de la organización, mismas que pueden ayudar a fortalecer su poder interno. Por ejemplo, el vínculo con la prensa se constituye en un elemento muy importante para afianzar el poder de la coalición. El tercer recurso se refiere al diseño de estrategias que permiten a la coalición tener el control de la información y de los canales de comunicación entre las diferentes instancias y niveles de coordinación de la organización. El cuarto recurso se define por la capacidad de control que la coalición puede tener sobre la creación y aplicación de las reglas formales de funcionamiento. Dicho de otro modo, tiene que ver con cómo el orden normativo interno se puede diseñar para afianzar la hegemonía de la coalición dominante. El quinto recurso está definido por el control que en su favor hace la coalición de los recursos financieros de la organización y, final-

⁴ Panebianco, *Op. cit.* p. 90.

⁵ *Ibidem*, pp. 84-89.

mente, el sexto recurso se desprende de la supervisión que la coalición dominante ejerce sobre el proceso de selección, reclutamiento y promoción de dirigentes y líderes –candidatos a ocupar los diferentes espacios de dirección, representación y gobierno.

Los recursos antes señalados constituyen *zonas de incertidumbre* que permiten a la coalición dominante conservarse en el gobierno de la organización si es capaz de administrarlos adecuadamente. Las zonas de incertidumbre son aquellos factores o ámbitos claves de la organización, quien tiene el control de ellos posee los recursos organizativos. Esos recursos le permiten a la coalición dominante definir y controlar los diferentes incentivos que la organización tiene que asignar a sus miembros. De acuerdo con Panebianco los incentivos pueden ser de dos tipos: selectivos y colectivos. Los incentivos selectivos están reservados para la elite de la organización y son los espacios de gobierno, representación y dirigencia de que el partido dispone y se asignan a los líderes principales de la organización. Los incentivos colectivos son distribuidos por igual a las bases de la organización y tienen que ver con beneficios o promesas de beneficios. Si el partido ocupa posiciones de gobierno esos beneficios pueden surgir de las políticas sociales que se implementan y que se utilizan para favorecer las simpatías del partido que gobierna. Es importante destacar que los incentivos colectivos están estrechamente vinculados a la agenda ideológica del partido, a sus fines oficiales⁶.

Así, mediante el control estratégico de los recursos de poder organizativos y la distribución eficaz de incentivos se afianza el poder de la coalición dominante. Lo anterior implica que se tiene que desplegar una estrategia permanente en la construcción de alianzas horizontales para garantizar el apoyo de los grupos más numerosos de la organización. También, implica el establecimiento de una relación negociada y equilibrada entre los diferentes grupos y fracciones que la integran. Si esto se resuelve eficientemente, entonces la coalición puede convertirse en una entidad que tiene un alto grado de unidad y tiene la capacidad para producir cohesión interna, no sólo respecto a sí misma sino también respecto a toda la organización.

La cohesión interna, por tanto, es algo que se produce como resultado de la combinación de varios factores: dis-

tribución eficiente y funcional de incentivos selectivos y colectivos, un proyecto y un discurso de organización que más o menos integre a todos los miembros y grupos, reglas internas que normen las acciones de sus integrantes, entre los más importantes. Es preciso hacer notar que sin la articulación eficiente de cada uno de estos factores difícilmente se alcanza la cohesión interna; por tanto, el riesgo de que la coalición se presente como una entidad dispersa es muy alto, generando un ambiente permanente de tensión y conflicto. Así entonces, en la medida en que la coalición dominante funcione de manera cohesionada, la organización alcanzará estabilidad, entendida como la conservación de las líneas internas de autoridad en el partido; es decir, de la forma en que está configurado, en un momento dado, el poder legítimo del partido.

La coalición dominante del PRI en la etapa de auge y hegemonía electoral: un breve recuento

Durante más de cuatro décadas (1946-1982) la coalición dominante priísta funcionó sin contratiempos. Fueron varios los factores que se combinaron para hacer de la gran familia revolucionaria una elite unida y cohesionada. En primer lugar, el hecho de haberse convertido en un grupo incluyente de los sectores sociales mayoritarios hacia finales de la década de los treinta, dio al proyecto del partido de la revolución una legitimidad que le permitió entronizarse en el poder por largo tiempo. Como grupo político hegemónico el PRI ganó casi todas las elecciones realizadas, al menos hasta principios de la década de los ochenta; así controló y administró todos los espacios de poder surgidos de la nueva institucionalidad postrevolucionaria, lo que le permitió disponer de una amplia reserva de incentivos selectivos y colectivos, para distribuir entre sus elites dirigentes y gobernantes y sus bases de apoyo.

Así, la estabilidad de la coalición dominante se estableció en la distribución eficaz, pacífica y disciplinada de los incentivos selectivos. Exceptuando las escisiones de Juan Andrew Amazán en 1940, Ezequiel Padilla en 1952 y Miguel Henríquez Guzmán en 1952, quienes se opusieron a la candidatura presidencial determinada por el presidente de la República⁷, la coalición priísta distribuyó pacífica-

⁶ Panebianco señala que los incentivos selectivos pueden ser de dos tipos: materiales y de status o poder. A su vez los incentivos colectivos son incentivos de identidad pues a través del manejo de la ideología el partido vincula a las bases con una agenda general de temas y propuestas. *Ibidem* p. 67-68.

⁷ Para un análisis detallado de estas fracturas en la coalición priísta veáse, Joy Langston, *Three Exits Institutional Revolutionary Party: Internal Ruptures and Political Stability*, Documento de trabajo núm. 11, CIDE, México, 1997.

mente todos los espacios de poder. La reserva era tan amplia que todos los miembros de la elite podían acceder a un espacio.

En segundo lugar, el poder, hegemonía y cohesión de la coalición priísta se vio fortalecido por el manejo eficiente de los recursos de poder organizativos. La *competencia* de sus líderes fue un factor clave para asegurar su hegemonía, los cargos de representación y gobierno a los que tuvieron acceso los distintos liderazgos, los dotaron de experiencia y conocimiento, ello les aseguró, en la mayoría de los casos, una larga carrera política en la que pasaban de un cargo a otro, casi siempre en la lógica del ascenso. La carrera política de los líderes miembros de la coalición, también se vio reforzada por la habilidad con la que la mayoría de ellos estableció relaciones convenientes con su entorno. Por ejemplo, cultivar una buena relación con la prensa y los medios masivos de comunicación, era clave para promoverse una imagen pública positiva que contribuyera a afianzar su liderazgo y poder, la relación caracterizada por el favor y la recompensa operó como mecanismo de complicidad entre prensa y poder⁸. Adicionalmente, la buena relación con otras organizaciones y con diferentes liderazgos locales y regionales, fueron elementos claves del entorno que contribuyeron a afianzar la hegemonía de la coalición priísta.

Aunado a lo anterior, el manejo de los canales internos de comunicación fue otro elemento fundamental que la coalición supo encauzar en su favor. Así, cuando los líderes tuvieron la capacidad de distribuir, manipular, retrasar, o suprimir información⁹, mantuvieron el control de la comunicación y los procesos decisionales al interior de la organización. Otro recurso de poder organizativo muy importante fue el manejo de las reglas formales, los líderes miembros de la coalición guardaron la tutela y la aplicación discrecional de las mismas. Cuando éstas no resultaron convenientes y/o apropiadas se propusieron cambios, siempre bajo el argumento de que eran necesarios para asegurar el buen funcionamiento de la organización. Más aún, en el PRI se privilegió el uso de reglas informales: acuerdos de grupos, negociaciones y pactos, disciplina y lealtad a través de las cuales se construyeron acuerdos políticos paralela o al margen de las reglas formales.

⁸ Para mayores detalles de la relación entre prensa y poder véase, Julio Scherer García y Carlos Monsiváis, *Tiempo de saber: prensa y poder en México*, Aguilar, México, 2003.

⁹ Panebianco, *Op. cit.*, p. 86.

Un recurso de poder organizativo clave para asegurar la hegemonía de la coalición priísta, fue la disposición de recursos financieros ilimitados. En tanto grupo en el gobierno, la coalición se benefició de los recursos públicos, no sólo al manejar eficazmente la distribución de incentivos colectivos a través de las políticas sociales de gobierno, sino, sobre todo, aprovechándolos en tiempos electorales financiando las campañas de sus candidatos en toda la geografía del país. En términos de la organización, la coalición dispuso de los recursos financieros necesarios para diseñar una amplia y compleja estructura que le permitió hacer presencia en los rincones más apartados del país. En el largo plazo, este elemento fue muy importante para asegurar la presencia priísta entre el electorado más marginado y alejado de los centros urbanos y de desarrollo; así, aún cuando su hegemonía electoral comenzó a declinar a mediados de la década de los ochenta, esto le permitió seguir ganando elecciones en las zonas rurales y/o más marginadas¹⁰.

Finalmente, otro recurso de poder organizativo del que la coalición priísta se benefició ampliamente, fue el control sobre el proceso de reclutamiento de la elite. Como las carreras de todos los que aspiraban a participar en política, inevitablemente pasaban por el PRI, ello permitió a los líderes tejer lazos y redes de lealtad que pasaban por los vínculos familiares y de amistad, mismos que coadyuvaron a fortalecer la disciplina y la sumisión, como elementos indispensables en la conservación de la unidad y cohesión de la coalición.

Estos seis recursos de poder organizativos que hemos enunciado constituyen, de acuerdo con Panebianco, *zonas de incertidumbre*¹¹, recursos claves, espacios vitales que la coalición dominante controla en su favor para fortalecer su hegemonía, eso fue lo que afianzó el poder de la coalición priísta.

Más allá de los seis recursos de poder organizativos a los que nos hemos referido (competencia, relaciones con el entorno, manejo de los canales de comunicación, manejo de las reglas formales, financiamiento y control del proceso de reclutamiento de líderes), otros factores fundamentales para asegurar la estabilidad y cohesión de la coalición dominante fueron: el liderazgo del presidente de la República y el proyecto y discurso de la revolución del que se apropiaron los liderazgos priístas a lo largo de todo el

¹⁰ Para mayores detalles sobre la composición del voto priísta véase. Guadalupe Pacheco Méndez, *Caleidoscopio electoral*, FCE, México, 2000.

¹¹ Panebianco, *Op. cit.*

siglo XX. El liderazgo de la presidencia garantizó la conservación de los principios de la disciplina y la lealtad, en ejercicio de sus facultades metaconstitucionales de acuerdo con Jorge Carpizo¹², el presidente en turno fungió como líder real del partido, árbitro de conflictos y gran elector. La lealtad al presidente de la República fue uno de los más preciados bienes de los miembros de la coalición, eso la mantuvo fuertemente unida.

Por otro lado, la apropiación que la coalición priísta hizo del proyecto y el discurso de la revolución le dio una gran legitimidad que se tradujo en un masivo apoyo popular. Las banderas del nacionalismo y la justicia social se constituyeron en piezas fundamentales del discurso político de la coalición y de las políticas de gobierno del priísmo, al menos hasta los años setenta, ello los mantuvo en la cúspide de la aceptación de los electores y el poder, a pesar del tropiezo que representó el movimiento del 68. Aún así, la cohesión y unidad de la coalición comenzó a fracturarse a principios de la década de los ochenta.

Los signos de la crisis: la coalición dominante del PRI en el periodo 1982-2000

Hasta la elección presidencial de 1982 la coalición dominante priísta se mantuvo en sus niveles de cohesión y unidad. No obstante, desde el inicio del sexenio del presidente Miguel de la Madrid comenzaron a aparecer una serie de factores que paulatinamente pusieron en riesgo la unidad y estabilidad que había tenido por varias décadas.

La crisis económica que se inició a mediados de la década de los setenta con la caída de los precios del petróleo y la devaluación del peso, tuvo su efecto inmediato en el diseño de las políticas económicas que el gobierno de Miguel de la Madrid tendría que implementar para hacer frente a los síntomas de la crisis. Ante la creciente inflación, la pérdida del poder adquisitivo del salario y la inestabilidad de los principales indicadores económicos, el gobierno de de la Madrid diseñó un conjunto de acciones tendientes a atemperar los efectos de la crisis¹³. Las llamadas políticas neoliberales, cuya reciente aplicación en Inglaterra y Estados Unidos habían tenido éxito para resarcir los efectos de la recesión económica, fueron retomadas

por el gobierno de delamadridista como alternativas para enfrentar la crisis. Así, las políticas de apertura a la inversión extranjera, la reducción del gasto público y la privatización, se presentaron como las vías para alcanzar la recuperación económica.

Las políticas neoliberales encontraron a sus más fieles defensores en el sector de la elite gobernante encargado de diseñar e implementar las políticas económicas¹⁴. Este sector del gobierno, denominado el grupo tecnocrático, del que Miguel de la Madrid formaba parte, se convirtió en la elite hegemónica dentro del gobierno y la coalición priísta. Se trataba de una clase política capacitada en las funciones técnicas del ejercicio de gobierno, portadora de un alto nivel de capacitación, la mayoría de las veces obtenido a través de cursos de especialización y posgrados en el extranjero, expertos en economía y administración pública. Este sector de la elite gobernante condujo los procesos de modernización económica y encontró su momento de mayor poder e influencia durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari.

Sus orientaciones y decisiones en materia de política económica fueron avaladas por los gobiernos priístas, en el corto y mediano plazo produjeron un conjunto de contradicciones que dañaron la unidad y cohesión de la coalición dominante priísta. En primer lugar, las políticas de apertura a la inversión extranjera pusieron en tela de juicio el ideal nacionalista que por varias décadas habían reivindicado los gobiernos priístas. En segundo lugar, los procesos de privatización y de reducción del gasto social, paulatinamente dañaron las bases de apoyo del gobierno; al limitar las políticas asistencial-populistas, el gobierno generó fuertes tensiones con los grupos sociales mayoritarios agrupados en los sectores del PRI.

Las contradicciones antes señaladas dividieron a la coalición dominante priísta, los grupos de poder se reagruparon en dos grandes tendencias. Por un lado estaba la elite tecnocrática inserta en la burocracia y partidaria de la modernización extensiva, tenía poca ascendencia en las estructuras del partido pues la mayoría de sus líderes habían hecho carrera en la administración pública y no dentro del partido. Por otro lado estaba el sector nacionalista-tradicional representado en los sectores, algunos

¹² Jorge Carpizo, *El presidencialismo mexicano, Siglo XXI*, México, 1978, pp. 190-199.

¹³ Véase Diana I. Villarreal (comp.), *La crisis neoliberal mexicana: reflexiones y alternativas*, UAM-Xochimilco, México, 1995.

¹⁴ Nos referimos a la burocracia gubernamental inserta en la Secretaría de Comercio y Fomento Industrial (SECOFI), la Secretaría de Programación y presupuesto, la Secretaría de Hacienda y el Banco de México, principales responsables de diseñar e implementar la política económica del país.

secretarios de Estado y miembros de las fracciones parlamentarias con carrera política dentro de las estructuras del partido, que advertían de los costos políticos que el PRI podría pagar por modificar su tradicional política nacionalista en el marco de un Estado social, por una de apertura a la inversión extranjera y de reducción del gasto social.

Estas dos tendencias de la coalición dominante tuvieron un primer escenario de confrontación durante la sucesión presidencial de 1988. La tendencia nacionalista-tradicional se agrupó en torno a la Corriente Democrática¹⁵ y la precandidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas. Sus propuestas de democratizar la selección del candidato presidencial del PRI a través de un mecanismo de elección abierto a las bases, poner fin al dedazo presidencial y retomar la agenda nacionalista del partido en las campañas para la elección de 1988, rápidamente la convirtió en un grupo opositor a la burocracia dirigente del PRI y a la elite gobernante. La elite gobernante reafirmó su control sobre el partido, la Corriente Democrática se escindió del PRI y se llevó a la oposición una parte importante de las banderas nacionalistas del priísmo, mismas que fueron ofertadas al electorado a través del Frente Democrático Nacional (FDN), quien cobijó la candidatura de Cárdenas. Por su parte, el presidente de la Madrid ejerció plenamente su prerrogativa no escrita de designar a su sucesor que recayó en el Secretario de Programación y Presupuesto Carlos Salinas de Gortari. Así, el priísmo en su conjunto se disciplinó a la decisión del presidente de apoyar la candidatura de Salinas, aún los que en su momento pudieron haber simpatizado con la idea de la Corriente Democrática de reivindicar las banderas nacionalistas del partido. No obstante, el conflicto intercoalición no se resolvió, más bien fue postergado y resurgiría más adelante.

La llegada de Carlos Salinas de Gortari a la presidencia de la República planteó varios retos e interrogantes para la relación PRI-gobierno y sobre todo para reducir la tensión surgida al interior de la coalición. Desde el inicio de su gestión de gobierno, Salinas inició un proceso de adaptación del PRI respecto de su política¹⁶. La llegada de Luis Donald Colosio a la presidencia del Comité Ejecutivo Nacional del PRI, fue el instrumento que Salinas utilizó

para tejer acuerdos y vías de entendimiento con los liderazgos y grupos de priistas más renuentes a avalar las políticas económicas del salinismo, cuyo objetivo era profundizar los procesos de privatización, de cara a la globalización y la mundialización de la economía.

El mensaje democratizador y de apertura con el que Colosio condujo los destinos del partido, alentaron los ideales reformistas de democracia interna con los que los ex priistas de la escindida Corriente Democrática habían inquietado a importantes sectores de la base priista. En este ambiente se promovió la realización de la XIV Asamblea Nacional del PRI en 1990, en la que se tomaron importantes resoluciones a favor de la selección de candidatos y la democratización de las decisiones, aprobando mecanismos en los que se abría la posibilidad de conceder mayores espacios de participación a las bases¹⁷. El mensaje que el salinismo enviaba a través de la XIV AN era claro, el PRI se modernizaba democratizándose, así la modernización económica también se traducía en modernización política para el PRI.

Sin embargo, las nuevas reglas y el discurso de la XIV AN no fueron suficientes para que en la práctica el PRI efectivamente se democratizara. En realidad, el gobierno de Salinas había trazado toda una estrategia de renovación-apropiación del partido, para adaptarlo como instrumento funcional al servicio de la presidencia. Por ejemplo, entre las reformas promovidas en el PRI después de la XIV AN, también se contempló la posibilidad de construir una estructura organizativa alterna que, teniendo como eje los Comités Sociales de Base creados en el marco del Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL) promovido por el gobierno de Salinas, buscaba suplir, mediante una nueva estructura territorial, la influencia y el peso de los sectores en la organización y movilización de las bases de apoyo al partido. Lo anterior generó fuertes tensiones con los liderazgos vinculados a los sectores y, aunque sus líderes principales mantuvieron su alianza estratégica con Salinas, sobre todo para no perder sus privilegios, el riesgo de ser desplazados los mantuvo en guardia todo el sexenio salinista.

Más aun, el dominio del salinismo sobre el partido se consolidó en la XVI AN celebrada en marzo de 1993. Ya con simpatías muy consolidadas hacia el salinismo, en esta reunión los delegados priistas aprobaron cambiar la ideo-

¹⁵ Luis Javier Garrido, *La ruptura. La Corriente Democrática del PRI*, Grijalbo, México, 1993.

¹⁶ Para mayores detalles sobre este tema véase, Víctor Alarcón Olguín, "El PRI en la presidencia de Carlos Salinas de Gortari: un balance sexenal" en *Estudios Políticos*, UNAM-FCPYS, núm.6, México, 1995, pp. 11-45.

¹⁷ Guadalupe Pacheco Méndez, "La XIV Asamblea Nacional del PRI", en *Estudios Políticos*, núm.8, FCPYS-UNAM, México, 1991, pp. 71-88.

logía del nacionalismo revolucionario por la del liberalismo social, el catecismo ideológico del proyecto de gobierno de Carlos Salinas, así se afianzaba el dominio de la presidencia sobre el partido en la etapa final del sexenio. En este contexto, el liderazgo de Salinas era tan fuerte que logró mantener unida a la coalición priísta, la lealtad al presidente de la República funcionó tan eficazmente que ningún otro liderazgo al interior del PRI tomó la osadía de oponerse a sus decisiones. Así, aunque la tensión en torno a dos proyectos confrontados de nación cohabitando en el PRI era evidente, no se produjeron confrontaciones rupturistas, la coalición dominante se mantuvo disciplinadamente unida en torno al liderazgo de Salinas.

Los conflictos en la coalición priísta resurgieron en el marco de la sucesión presidencial de 1994. Sólidamente afianzado en el control del partido, el presidente Salinas se ocupó de conciliar las diferencias crecientes al interior del llamado grupo Compacto, es decir, el colectivo de colaboradores, de perfil tecnocrático, muy cercanos al presidente de la República, varios de los cuales aspiraban a la candidatura¹⁸. Mientras tanto, quedaba claro que en la estructura organizativa del partido, incluidos los miembros más prominentes de la coalición como gobernadores y legisladores, tenían que disponerse a apoyar al candidato designado por Salinas.

La designación de Luis Donaldo Colosio como candidato presidencial en noviembre de 1993, acrecentó las diferencias en el grupo compacto, sobre todo de parte Manuel Camacho Solís, quien se había mantenido como fuerte aspirante a la candidatura. Las tensiones aumentaron en la elite gobernante y es que, a pesar del fuerte liderazgo de Salinas al interior de la coalición, no había logrado consensar la designación de Colosio como candidato presidencial, el riesgo de que reconsiderara su decisión era creciente, sobre todo por el escaso apoyo que brindó al candidato elegido, cuya primera etapa de campaña fue eclipsada por la irrupción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas en enero de 1994. Los primeros tres meses de 1994 fueron políticamente confusos, llenos de mensajes encontrados al interior de la coalición dominante, la disciplina que Salinas había impuesto a lo largo de casi todo su sexenio, de pronto parecía fractu-

rarse ante la debilidad de la candidatura colosista y el fuerte cuestionamiento que el movimiento zapatista hacía a los resultados de su gobierno.

La tensión creció tras el asesinato de Colosio en Marzo de 1994, todo parecía caótico en la coalición gobernante ante el impacto del magnicidio. Por un lado, se pensó que a partir del discurso colosista del 6 de marzo, el candidato había decidido tomar distancia del grupo tecnocrático e impulsar su campaña explotando sus ascendencia en la estructura del partido y retomando algunos ideales abandonados del nacionalismo. También se especuló sobre la posibilidad de un complot promovido desde el grupo tecnocrático todavía liderado por Salinas y hasta el grave riesgo de que detrás del asesinato estuviera la presencia del narcotráfico tratando de ganar influencia en las estructuras del gobierno. No obstante, la idea del asesino solitario se impuso y con ello el salinismo retomó el control de la sucesión.

La designación de Ernesto Zedillo como candidato sustituto confirmó que Salinas no había perdido el control de la sucesión, pues todavía tuvo la capacidad de detener los intentos de algunos grupos priístas encabezados por algunos ex gobernadores y ex dirigentes nacionales que intentaron impulsar la candidatura de Fernando Ortiz Arana, en ese momento presidente del CEN del PRI o, en su defecto, de algún líder de la vieja guardia como Fernando Gutiérrez Barrios. Consensada la candidatura de Zedillo, nuevamente el priísmo se disciplinó y apoyó al candidato sustituto de Colosio.

El convincente triunfo de Zedillo en la elección presidencial de 1994 pareció fortalecer la unidad de la coalición, no obstante, con el paso de los meses su gobierno tendió a distanciarse de los asuntos del partido. En realidad, los vínculos de Zedillo con su estructura organizativa siempre fueron endeble, casi inexistentes, toda su carrera política se había desarrollado en la administración pública, de ahí que su identificación con los asuntos partidarios fuera mínima. A lo largo de todo su sexenio el manejo de los asuntos del partido fue incierto y con muy poca claridad en la dirección, en la definición de la línea, para decirlo con el lenguaje del priísmo tradicional.

Una muestra de la inestabilidad con la que Zedillo se relacionó con el PRI fue el hecho de que durante su ges-

¹⁸ Manuel Camacho, Emilio Lozoya, Pedro Aspe, Ernesto Zedillo, Emilio Gamboa, Luis Donaldo Colosio, todos muy cercanos a Salinas, aspiraban a la candidatura, Véase, Unidad de Análisis Prospectivo del Financiero, *Sucesión pactada: la ingeniería política del salinismo*, Plaza y Valdés, México, 1993.

¹⁹ Ignacio Pichardo Pagaza, María de los Angeles Moreno, Santiago Oñate Laborde, Humberto Roque Villanueva, Mariano Palacios Alcocer y José Antonio González Fernández, ocuparon el cargo de presidentes del CEN del PRI durante el sexenio de Zedillo.

ción, en seis ocasiones relevó al presidente del CEN¹⁹. Así, la búsqueda del líder a través del cual poder establecer una relación fluida con la estructura partidaria, pareció siempre un esfuerzo infructuoso. Es más, hubo momentos en que la presidencia de Zedillo perdió el control de los asuntos del PRI, ese fue el caso que se presentó en el marco de la XVII AN celebrada en septiembre de 1996. Uno de los resolutivos más importantes de la Asamblea fue salvaguardar el criterio de la carrera partidaria como uno de los requisitos principales en la competencia por las candidaturas, la medida obstaculizó de las aspiraciones de varios miembros vinculados al gabinete zedillista, de cara a las elecciones de 1997 y la sucesión presidencial del 2000. Los candados, como se calificó a estas disposiciones estatutarias aprobadas por la XVII Asamblea Nacional, cerraron la puerta a los liderazgos de perfil tecnocrático que tenían aspiraciones electorales (como Jaime Serra, José Ángel Gurría y Carlos Rojas)²⁰. Aunado a ello, la reforma en materia de declaración de principios excluyendo la doctrina del liberalismo social y retomando la del nacionalismo revolucionario, contribuyó a abrir un nuevo escenario de confrontación entre los tecnócratas y el ala tradicional y nacionalista del PRI.

Así, podemos afirmar que durante el sexenio de Zedillo, la coalición dominante priísta vivió un proceso de crisis y conflicto en dos escenarios distintos; por un lado estaba la inestable relación de Zedillo con el PRI que revivió el conflicto entre los tecnócratas de la elite gobernante y el ala tradicional-nacionalista del partido. Por el otro, también es importante no perder de vista el escenario de conflicto resultado del proceso de recomposición en el grupo tecnocrático, la crisis del salinismo y el desgaste del liderazgo de Salinas después del convulsionado 1994, llevó al grupo en el gobierno encabezado por Zedillo a distanciarse de su antiguo jefe. El encarcelamiento de Raúl Salinas, hermano del ex presidente, fue una evidencia de que Zedillo había decidido separarse definitivamente de Salinas, de paso, rompió la vieja regla no escrita al interior de la elite priísta de que un ex presidente era intocable, lo que en fechas más recientes ha propiciado que se revisen posibles ilícitos de ex presidentes priístas.

A partir de lo anterior, también es importante pensar y analizar a la coalición dominante priísta a partir de sus

²⁰ Arturo Alvarado, Rafael Loyola y Liliana Martínez Pérez, "Partido Revolucionario Institucional: contexto, situación política y escenarios electorales", en *Mexican Studies*, University of California, vol.13, núm.2, USA, 1997, pp. 325-362.

recursos de poder organizativos en el periodo posterior a 1982, ya que estos comenzaron a sufrir un proceso creciente de desgaste, mismo que, para finales de los años ochenta y noventa, ya planteaba grandes dificultades a los grupos internos de poder.

En términos de los recursos que se refieren a la cuestión de la *competencia*, la implementación de un nuevo modelo económico produjo una renovación de la clase política vinculada a las estructuras gubernamentales, estos cambios fortalecieron al sector de la elite mejor preparado técnicamente para ejercer más eficientemente las amplias y complejas funciones de gobierno, en detrimento de aquellos liderazgos que no se renovaron y paulatinamente comenzaron a ser desplazados de los cargos más importantes²¹. Además, estos conflictos de competencias se daban en un contexto significado por un creciente desgaste de toda la clase política priísta. Sin duda, los muchos años en el poder fueron agotando formas de ejercer el gobierno, dando lugar al surgimiento y reproducción de una serie de prácticas viciadas en las que el influyentismo, el compadrazgo, el peculado y la corrupción, eran ejemplos del comportamiento de una elite que se había vuelto arrogante y soberbia.

Por otro lado, el ascenso y fortalecimiento de nuevas elites agrupadas en los partidos de oposición paulatinamente impusieron otros referentes para evaluar a las elites priístas. El surgimiento de renovados liderazgos sociales: comunitarios, intelectuales, empresariales, de minorías emergentes, etc., mismos que se fueron vinculando tanto con las oposiciones de derecha como con las de izquierda, en poco tiempo comenzaron a ocupar los espacios de representación y gobierno que el desgaste del priísmo iba dejando. Y es que el ascenso de muchos de ellos se fue legitimando en un discurso renovado: abierto, crítico, propositivo y, en la mayoría de los casos, con buenas referencias asociadas a valores tales como la honestidad y la transparencia²². Ello contribuyó a acrecentar las dudas respecto de las capacidades de la elite priísta para conservar el derecho exclusivo de ocupar las posiciones de representación y gobierno más importantes.

²¹ Al respecto véase el interesante estudio empírico de José R. Castelazo, *Nuestra clase gobernante*, UNAM-FCPYS-CIAP, México, 1984, p. 460.

²² En sentido, líderes como Heberto Castillo, Rosario Ibarra, Pablo Gómez, Manuel Clouthier, Carlos Castillo Peraza, Luis H. Alvarez, Santiago Creel, entre otros, representan una generación de liderazgos no priístas con notable ascenso en los espacios de representación y gobierno.

En el ámbito de las relaciones con el entorno la coalición priísta recibió pocas contribuciones para sostener su preeminencia. Los partidos de oposición han combatido la hegemonía del priísmo desde mediados de la década de los ochenta, lo que contribuyó al fortalecimiento del sistema de partidos en detrimento de la fuerza electoral de las elites priístas.

Más allá de que el ambiente general del entorno ha sido sumamente desfavorable para la reproducción de las elites priístas, sin duda un agente que profundizó esa tendencia son los medios de comunicación. En efecto, la transición democrática indujo una tendencia a su apertura, lo que limitó la relación de complicidad que tuvieron con los regímenes priístas. Asimismo, el aumento en los niveles de participación, el acceso de la población a mayores niveles de educación y formación se combinaron para ejercer presión y crear y/o transformar medios más independientes, críticos y transparentes. Así, en los últimos años la televisión, la radio y los medios escritos se han abierto a la manifestación de posturas más plurales y críticas, en ellas no siempre se ha proyectado una buena imagen de los dirigentes y gobernantes priístas.

Con relación a los recursos de poder organizativos provenientes del control sobre los canales internos de comunicación, en los últimos años no siempre se han guardado las relaciones jerárquicas en el flujo de la información interna. La crisis de reproducción de la disciplina y la lealtad como dos factores fundamentales que permitieron a los dirigentes conservar el control en el manejo de la información estratégica y confidencial, generaron tendencias centrifugas que en distintos momentos exhibieron los desacuerdos y las distintas visiones —a veces antagónicas— que los líderes tenían entre sí respecto a temas o problemas específicos. Así, las confusiones y las contradicciones como resultado de un accidentado y disfuncional manejo de los canales internos de comunicación, han sido la mejor evidencia de que la coalición está viviendo nuevas circunstancias caracterizadas por un proceso de descentralización en el manejo de los datos y la información.

Otro ámbito importante en el que los recursos de poder organizativo se están renovando es el que se refiere al manejo de las reglas formales. Acostumbrados los priístas a construir acuerdos sobre la base de arreglos informales sujetos a la voluntad de las jerarquías más importantes en la estructura vertical del poder —a las que se subsumían las reglas formales existentes—, tuvieron que

aprender a transitar por otras sendas. La presión de las bases sobre las dirigencias para que se adoptaran mecanismos más democráticos en la toma de decisiones y en la selección de candidatos a puestos de gobierno y de representación, obligó a las elites a tener que ir cediendo en algunas de esas demandas. En efecto, si bien los órganos e instancias de deliberación y decisión se han democratizado escasamente²³, en el terreno de la selección de candidatos sí se notan avances más o menos sustanciales tendientes a adoptar estrategias más democráticas para la reglamentación de la competencia interna por los cargos y las postulaciones. Como ejemplos de ello están los procedimientos de elecciones primarias que desde mediados de los años noventa se utilizaron como método para seleccionar a los candidatos a gobernador en los estados de Chihuahua y Jalisco. Por supuesto, la adopción de esa misma metodología para elegir al candidato presidencial en la elección del 2000 fueron buenos intentos de avanzar en la institucionalización de procedimientos más abiertos en la selección de candidatos. La elección por voto directo de la nueva dirigencia del CEN en febrero de 2002, representó un paso más hacia la institucionalización de procedimientos democráticos en la selección de dirigentes. Estas innovaciones, aunque de pronto no se han establecido plenamente en la cultura de los líderes y las bases priístas, abren la posibilidad de introducir al priísmo en una transición en la que parece desinstitucionalizarse lo autoritario e institucionalizarse lo democrático.

Por lo anterior, es claro cómo el manejo de las reglas formales en el PRI, en tanto recurso de poder organizativo, es un ámbito que se ha renovado en los últimos años. Las tendencias señalan que ya no son un recurso exclusivo de la coalición, ahora se abren pequeños resquicios a través de los cuales las bases pueden acrecentar su participación en la toma de decisiones, abriendo con ello nuevas formas y prácticas que coadyuvan a un proceso constante de desinstitucionalización-reinstitucionalización.

²³ Las Asambleas Nacionales y los Consejos Políticos, estatales y nacionales, señalados por los Estatutos como los principales órganos de deliberación y decisión, aunque integran a un buen número de líderes no necesariamente son representativos, en estricto sentido, de todo el priísmo en su pluralidad más amplia. En el caso del Consejo Político Nacional, recientemente se amplió y se eligió a sus nuevos miembros; es un órgano agrandado que ahora intenta dar representación a todas las voces del priísmo, no obstante, los propios priístas cuestionan la representatividad del mismo; distintas voces dijeron en su momento que están los mismos de siempre.

Uno de los recursos de poder organizativo que más se ha visto mermado es el del financiamiento. Las reformas electorales de los últimos años que se ocuparon de precisar los lineamientos con los que los partidos políticos tienen que manejar los recursos económicos a los que tienen acceso –tanto los públicos como los que las propias organizaciones se allegan–, impuso topes al manejo ilimitado de recursos financieros al que las elites priístas estuvieron acostumbradas por varias décadas, además de atemperar el que las instancias gubernamentales –federales y locales– continuaran transfiriendo fondos públicos al PRI; ello fue supervisado y ampliamente denunciado una vez que el fortalecimiento de los partidos de oposición fue una realidad. En el caso de los gobiernos estatales, estas prácticas encontraron sus límites en aquellas entidades donde se perdió la gubernatura; a nivel federal, el uso de recursos públicos concluyó con la derrota presidencial del 2000. Una de las lecciones más importantes que el priísmo tuvo que asimilar en los últimos años, es la de aprender a hacer política con los recursos que recibe a través del financiamiento público otorgado por el IFE. Por lo anterior, es evidente que el paulatino retiro de las elites priístas del control de los principales espacios de representación y gobierno, ha limitado financieramente la fuerza electoral del priísmo.

Otro recurso de poder organizativo que también se ha transformado de manera significativa es el que se refiere al tema del control sobre los procesos de reclutamiento y promoción de las élites. Con relación al sistema político, por varias décadas la clase política priísta funcionó con una gran agencia de colocaciones en la que muchos líderes encontraron espacios donde realizar sus expectativas políticas. Si se pretendía acceder a los espacios de gobierno y representación la ruta o vía natural era el PRI; no obstante, una vez que éste comenzó a perder hegemonía electoral y que se fortalecieron los partidos de oposición, el reclutamiento y promoción de las elites políticas dejó de ser patrimonio exclusivo de la coalición priísta. En este sentido, no sólo se diversificaron las vías de reclutamiento sino que también se han modificado los criterios de acceso. Así, aunque prevalecen algunos requisitos de antaño: los vínculos de parentesco, las ligas educativas y grupos de amigos, también se fortalecen otros como los asociados con los perfiles educativos, con las reivindicaciones de género y minorías, entre otras.

Es en este contexto de deterioro creciente de los recursos de poder organizativo que la coalición priísta enfrentó el proceso de la sucesión presidencial del 2000 con

una expectativa incierta. Con el fin de presentar una imagen renovada del priísmo, la presidencia de la República y la burocracia dirigente del partido convinieron seleccionar al candidato del PRI mediante un procedimiento abierto a las bases, con ello se refrendaba el método de las elecciones primarias puesto en práctica en la selección de varios candidatos a gobernador desde 1996-97. Así, el nuevo PRI se presentaba a la sociedad con una propuesta novedosa de selección de su candidato presidencial, con lo que se pretendía cerrar el ciclo de la designación autoritaria a través del dedazo.

Francisco Labastida, Roberto Madrazo, Manuel Bartlett y Humberto Roque Villanueva compitieron por la candidatura. Labastida se erigió como el candidato de la presidencia por ser miembro del gabinete como Secretario de Gobernación. Madrazo y Bartlett impulsaron sus candidaturas desde sus plataformas como gobernadores en Tabasco y Puebla, Roque Villanueva entró a la contienda como el aspirante con menos posibilidades. Desde el inicio del proceso interno para la selección del candidato se perfiló la división de la coalición priísta, Labastida y Madrazo polarizaron la contienda encabezando los dos proyectos en pugna. El primero representaba la continuidad del proyecto de gobierno de Zedillo, aún sin ser un liderazgo de perfil tecnocrático, sólo que la circunstancia lo colocó en esa posición ante la imposibilidad de que otros miembros del gabinete de Zedillo pudieran alcanzar la candidatura, con motivo de la normatividad estatutaria que obligaba a acreditar cierta experiencia y trayectoria dentro del partido, y que sólo Labastida cumplía. Por su parte, Madrazo se apropió de los ideales nacionalistas del ideario priísta y promovió su candidatura presentándose como un líder agresivo dispuesto a retomar las banderas sociales.

El triunfo de Labastida tras una ríspida campaña interna polarizó los intereses al interior de la coalición. La victoria del ex secretario de gobernación mostró, cómo a pesar del paulatino distanciamiento entre la presidencia de la República y el partido, la primera conservó el privilegio de la preeminencia para inclinar la balanza a favor de una candidatura cercana a ella. Así, los miembros de la coalición volvieron a disciplinarse en torno a una candidatura construida con el visto bueno del presidente, sin resolver del todo sus tensiones y diferencias internas.

La candidatura de Labastida fue exitosa en su primera etapa, sobre todo por el impacto positivo que tuvo en los medios masivos de comunicación el hecho de haberla obtenido en un ejercicio de competencia formalmente demo-

crático²⁴. No obstante, el discurso del cambio representado en la candidatura panista de Vicente Fox, logró convencer al electorado y Labastida perdió la elección. Con esta derrota se completó un ciclo iniciado a principios de la década de los ochenta, en la que los paulatinos conflictos en la coalición dominante producidos por el influjo de la transición democrática y la modernización social y política del país, tuvieron consecuencias en su cohesión y unidad y en su capacidad para sostenerse como proyecto político hegemónico en términos de sus resultados electorales. La primera derrota presidencial del PRI en más de setenta años de victorias ininterrumpidas, lo llevó a una nueva etapa en la que la recomposición de su coalición y de sus alianzas internas por el poder, han sido fundamentales para mantenerse como proyecto político viable.

La recomposición coalición dominante priísta después de la derrota en la elección presidencial

Después de la derrota en la elección presidencial, la hipótesis de la desintegración del PRI fue planteada sistemáticamente como escenario muy posible en su futuro inmediato. Los riesgos de fractura eran reales ante los reclamos, reproches y resentimientos que alimentaban el discurso de distintos líderes y grupos al interior del partido, cuyos intercambios se daban ahora sin el arbitraje cohesionador del presidente de la República. Fue el grupo liderado por Roberto Madrazo²⁵ quien asumió un mayor protagonismo y trató de cohesionarse para tomar el liderazgo del partido. En ese sentido, presionaron para que la dirigencia nacional encabezada por Dulce María Sauri, que se consideraba cercana al candidato perdedor, renunciara y rindiera cuentas de las razones de la derrota. Esto no ocurrió por la mediación de los ex presidentes del PRI, de algunos gobernadores y hasta ex presidentes de la República, que aconsejaron el camino de la negociación y la mesura para no fracturar al partido; para ello, recomendaron que la dirigencia en funciones se man-

tuviera en el cargo y que convocara a la organización y realización de una asamblea nacional, para ahí decidir las pautas a seguir. En noviembre de 2001 se celebró la XVIII Asamblea Nacional, después de superar el intento de los madracistas de que la asamblea fuera electiva y ahí se eligiera una nueva dirigencia, se consensó la decisión de convocar a una elección abierta para elegir al nuevo Comité Ejecutivo Nacional del PRI en febrero del 2002.

La elección del CEN del PRI nuevamente confrontó a los dos grupos más fuertes para tomar el control el partido, los madracistas y los labastidistas, cada grupo conformó una fórmula para contender por el cargo de Presidente y Secretario General del CEN. Beatriz Paredes y Javier Guerrero encabezaron la fórmula labastidista y Roberto Madrazo y Elba Esther Gordillo la fórmula opositora. Definidas las reglas y el arbitraje de la contienda²⁶, las dos fórmulas tuvieron una corta pero intensa campaña tratando de ganar las simpatías de los militantes y simpatizantes y priísta²⁷. La confrontación fue ríspida por momentos, aunque, en los discursos de los candidatos, no quedaron del todo claras las diferencias en las propuestas de una y otra fórmula; por otro lado, tampoco se definió un proyecto de partido y más bien quedaron en el aire asuntos como el de la ideología, las fuentes de financiamiento, la reestructuración organizativa, entre otros asuntos relevantes sobre los que se esperaban posicionamientos de quienes serían los nuevos dirigentes de un partido llamado a la recuperación integral después de una grave derrota electoral.

La fórmula Madrazo-Gordillo triunfó en la contienda interna por su mayor capacidad para movilizar las clientelas en su favor, el aporte de las bases del magisterio agrupado en Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, controlado por Gordillo, fue un gran capital político a favor de esas candidaturas y fue definitivo, pues la estructura y los liderazgos regionales representados por los gobernadores prácticamente se dividieron a la mitad, a favor de una u otra fórmula.

²⁴ Para mayores detalles véase, Francisco Reveles Vázquez, "La derrota del partido gobernante en México: la campaña presidencial del PRI", en *Sociológica*, UAM-Azacapotzalco, núm. 45-46, México, 2001, pp. 143-169.

²⁵ La idea del grupo madracista es en realidad un alianza compleja de liderazgos locales y regionales del sur del país y en algunos ámbitos de la estructura territorial del partido, de sectores importantes de la base priísta que ven con simpatía el liderazgo de Roberto Madrazo.

²⁶ Responsabilidad recaída en la Comisión Nacional de Procesos Internos de acuerdo con los Documentos Básicos aprobados por la XVIII Asamblea Nacional, dicha comisión fue presidida por Humberto Roque Villanueva.

²⁷ Para mayores detalles de la elección interna véase, Luis Reyes García, *Coalición dominante y reformas organizativas del Partido Revolucionario Institucional, 1982-2002: continuidades, rupturas y cambios*, Tesis de Doctorado en Estudios Sociales, UAM-Iztapalapa, México, Febrero de 2005.

El triunfo y la toma posesión de Madrazo-Gordillo como dirigentes nacionales del PRI el 4 de marzo de 2002 fue significativo por dos razones. En primer lugar porque por primera vez el priísmo, a pesar de todo, eligió a sus dirigentes; en segundo lugar porque los dirigentes no fueron producto de una decisión unilateral como ocurría cuando el presidente de la República priísta ponía y quitaba a los dirigentes del PRI, eso les daba legitimidad y la oportunidad de avanzar en la reinvencción organizativa del priísmo, decidida por los priístas.

A pesar de estas oportunidades que se abrían, también se apreciaba la persistencia de prácticas de la vieja cultura priísta, como el acarreo, la manipulación, el chantaje, entre otras, que mostraban flancos inciertos y de resistencia al cambio en favor de la democratización interna del PRI.

La dirigencia Madrazo-Gordillo estabilizó un poco las tensiones internas y el conflicto intercoalicón, después todo, los priístas saben y aprendieron muy bien las virtudes de la disciplina, todos se mantuvieron dentro del partido y buscaron reacomodarse de cara a la distribución de incentivos selectivos en las ya próximas elecciones federales de 2003. Es justamente en esta coyuntura que volvieron a resurgir las tensiones en la coalición dominante. Las sospechas de que la relación Madrazo-Gordillo podría no ser perdurable en el largo plazo, se cumplieron; en el marco de la selección de candidatos para la renovación de la Cámara de Diputados en las elecciones de 2003, ambos líderes buscaron sacar ventaja y colocar a sus allegados en las candidaturas tanto de mayoría como en las listas de representación proporcional. Tanto Madrazo como Gordillo saben que tener influencia en las fracciones parlamentarias y con los gobernadores, es clave para afianzar liderazgos, tejer alianzas y buscar negociaciones sobre diversos asuntos, al interior del partido y con el gobierno federal, como estrategia de influencia política de cara a la redefinición de proyectos económicos, sociales y políticos, con fines electorales y con miras a la sucesión presidencial de 2006. Así fue como comenzó a tensionarse y a fracturarse la relación Madrazo-Gordillo, tuvieron acuerdos temporales en la definición de las candidaturas, pero, después de la elección se abrieron otros focos de conflicto. Por ejemplo, al ser Gordillo diputada electa, estatutariamente estaba obligada a dejar el cargo de Secretaria General del CEN, no sólo no lo dejó, sino que además buscó ser la coordinadora parlamentaria de la fracción priísta en la Cámara, posición que logró des-

pués muchas presiones y rípidos debates con los diputados electos cercanos a Madrazo. Esto contribuyó acrecentar el distanciamiento Madrazo-Gordillo.

La reacción de los madracistas no se hizo esperar y rápidamente diseñaron una estrategia para contrarrestar el liderazgo de Gordillo en la Cámara de Diputados. Encabezados por el diputado mexiquense Emilio Chuayfet, los pro madracistas lograron construir una mayoría para destituir Gordillo de la coordinación de la fracción parlamentaria. La deposición de Gordillo propició que pidiera licencia y se retirara tanto de la diputación priísta como de la Secretaría General del CEN del PRI, se refugió en una especie de retiro voluntario y hasta el momento sigue en la indefinición su participación en la dirección del partido y en la definición de la candidatura presidencial del PRI de cara a la sucesión presidencial del PRI.

A partir de las disputas Madrazo-Gordillo, podemos decir que los conflictos intercoalicón adquieren nuevos significados. En primer lugar, las diferencias no están definidas a partir de la confrontación de proyectos claramente diferenciados de partido y nación, como ocurría en la etapa de las disputas entre tecnócratas y nacionalistas-traditionalistas, ahora las disputas adquieren un sello fundamentalmente pragmático e instrumental, donde lo que se busca es apropiarse de la distribución y control de los incentivos selectivos, como vías para mantener el control de la estructura del partido y promoverse electoralmente y, también, para concentrar fuerza y negociar distintos asuntos con el gobierno panista y las otras fuerzas políticas. Para ello, las distintas fracciones de poder y sus liderazgos se disputan la apropiación de la representación, el interés y la identidad priísta, aunque sólo sea como estrategia de lucha frente a los otros, que buscan el mismo propósito. En este contexto el debate ideológico-programático pierde fuerza, se vuelve difuso, las propuestas de largo plazo son inconsistentes con respecto a la renovación organizativa del PRI y con relación a la definición de una propuesta política de nación como vía para reconquistar la presidencia en la elección del 2006. Así, el debate de ideas se convierte en un esfuerzo coyuntural y de corto plazo, puede cambiar dependiendo de la coyuntura que se tenga que enfrentar, no hay paradigmas duraderos; de esta manera, también las alianzas internas por el poder cambian constantemente.

En este sentido, la coalición es un conjunto de alianzas inestables en el tiempo, es una instancia diversa y compleja en donde tiene cabida todo el priísmo, deja de tener un centro eje y más bien encuentra diferentes instancias de

coordinación y construcción de acuerdos: el Comité Ejecutivo Nacional, las fracciones parlamentarias, los gobernadores, las dirigencias estatales y locales, entre los más importantes. Algo relevante en esta nueva etapa es que se crea un ambiente propicio para el debate abierto y para los posicionamientos en diferentes sentidos. Pareciera ser que ahora el priísmo se alimenta y sabe aprovechar su pluralidad y no existe el problema de antaño de no poder hablar con libertad y asumir posturas públicamente, aún cuando éstas sean contrarias a la posición y opinión de la dirigencia y los liderazgos más influyentes.

Amén de estos procesos, es importante destacar que la recomposición de la coalición dominante del PRI también está estrechamente vinculada con otro proceso relevante del priísmo, el de la institucionalización. Las etapas o momentos de cambio de la coalición tuvieron como su referente paralelo un proceso constante de desinstitucionalización–reinstitutionalización²⁸. Así, el cambio de normas internas (generales y específicas), la constante reestructuración del gobierno interno y en general el rediseño organizativo del priísmo, han sido una misma expresión de dos procesos: el de la reestructuración de la coalición dominante y el de la reinstitucionalización del PRI.

Así, a partir de los resultados que se desprenden de los procesos de reestructuración de la coalición dominante y de la reinstitucionalización del PRI, podemos decir que el priísmo ha estado expuesto a un proceso constante de aprendizaje y búsqueda de nuevos paradigmas de funcionamiento organizativo, cuyo propósito fundamental ha sido su adaptación a un entorno político de competencia en el marco de la democratización del país. Han sido coyunturas complejas, difíciles y contradictorias en las que una y otra vez el longevo PRI ha demostrado una gran capacidad de adaptación y refuncionalización. Así, aún cuando muchos analistas pronosticaban el fin del PRI, éste sigue gozando de cabal existencia y salud, continúa ganando

²⁸ Sobre los procesos de institucionalización sigo las ideas de Huntington sobre las cuatro dicotomías: adaptabilidad-rigidez, complejidad-simplicidad, autonomía-subordinación y coherencia-desunión. El PRI como organización ha ido transformando principios, patrones, pautas y reglas de diseño y funcionamiento organizativo en estas líneas definidas por Huntington. A partir de ello, afirmamos que el PRI vive un proceso permanente y paralelo de desinstitucionalización–reinstitutionalización, buscando en todo momento alcanzar una institucionalidad fuerte en el sentido de Panebianco, es decir, más compleja, más autónoma y más adaptable. Véase, Samuel P. Huntington, *El orden político en las sociedades en cambio*, Paidós, Barcelona, 1996, pp. 22-32 y Panebianco, *Op. cit.*

elecciones y si bien ya no es la aplanadora electoral de antaño, aún conserva mayorías electorales importantes en todos los niveles de gobierno. En gran medida, la larga permanencia del PRI se explica por una combinación complementaria y funcional entre continuidad y cambio, misma que encuentra apoyo en la todavía extendida y cimentada cultura priísta que aún es mayoritaria en distintas regiones del país.

A manera de conclusión

En estos momentos el PRI vive la primera etapa del proceso de conformación de su candidatura presidencial. La coalición dominante actúa en dos bloques que discuten y negocian el proceso de la selección del candidato priísta para el 2006. Por un lado está la figura de Roberto Madrazo, que desde la presidencia del CEN ha ido construyendo su candidatura apoyándose en la estructura del partido, con algunos gobernadores y algunos diputados federales; por el otro están los candidatos de la Unidad Democrática, que agrupa a un conjunto de gobernadores y ex gobernadores (Natividad Gonzáles de Nuevo León, Tomás Yarrington de Tamaulipas, Eduardo Bours de Sonora, Enrique Martínez de Coahuila, Arturo Montiel del Estado de México, Miguel Ángel Núñez de Hidalgo, Miguel Alemán de Veracruz y el líder del senado Enrique Jackson). La Unidad Democrática sintetiza así el poder de distintos liderazgos regionales que buscan hacer contrapeso al liderazgo de Roberto Madrazo. Su estrategia ha consistido en impulsar cuatro candidaturas (Yarrington, Montiel, Martínez y Jackson) a través de campañas en medios y en foros abiertos a la sociedad donde presentan posicionamientos sobre distintos temas y problemas del país. El ejercicio ha sido interesante pues han intentado ganar simpatías fuera de las estructuras del PRI; además, recientemente han definido que el candidato del grupo será seleccionado a partir de dos encuestas de opinión: una con la militancia priísta y otra abierta a la sociedad²⁹.

El momento crucial de la selección del candidato presidencial aún no se presenta todavía. Son varios los aspectos y factores que esperan una definición. En primer lugar estaría la construcción del acuerdo al interior de la coalición dominante para determinar el método

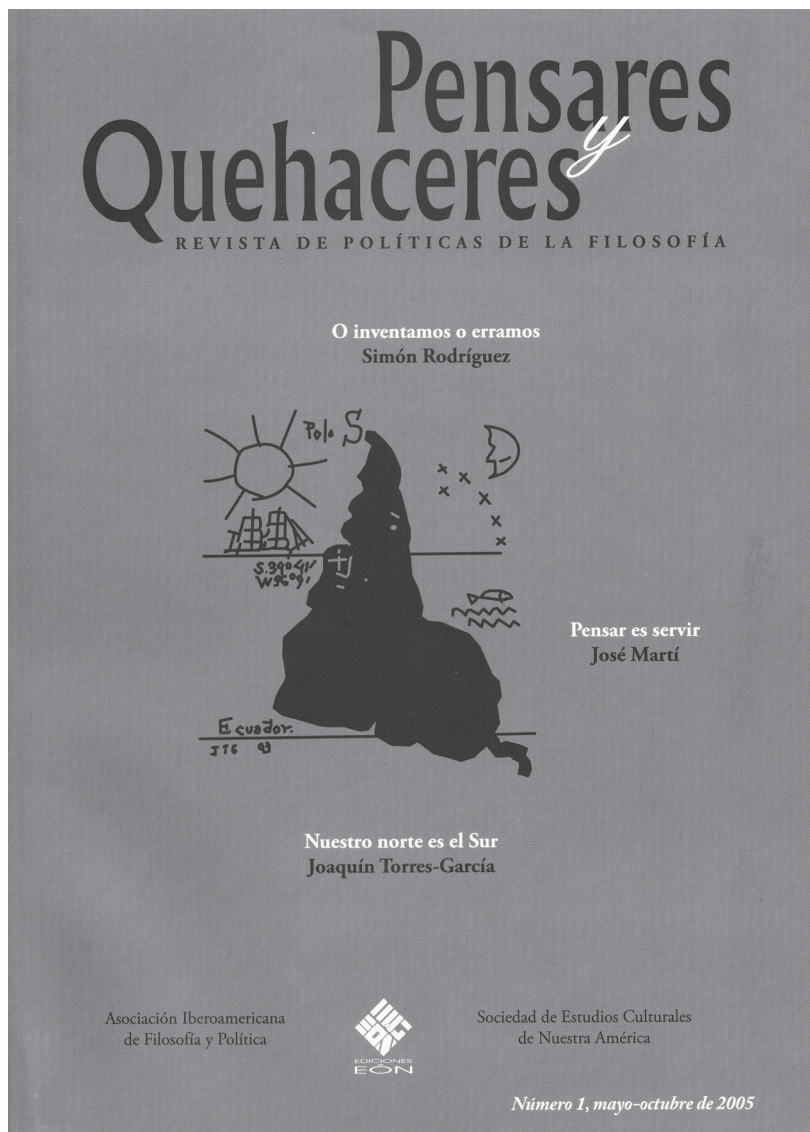
²⁹ *El Universal*, diversas notas durante el mes de mayo y junio de 2005.

de selección una vez que se elija al candidato de la Unidad Democrática que disputará a Madrazo la candidatura. Este proceso puede presentar riesgos; por ejemplo, que Madrazo utilice su influencia en el Consejo Político Nacional para definir una metodología de elección que le de ventajas; esto puede tensar la negociación en la coalición y dar lugar a fracturas. Si esto ocurre, todo el proceso de selección de la candidatura podría volverse muy accidentado y complejo, lo que produciría una candidatura priísta muy débil antes de la contienda con los otros partidos.

En segundo lugar, si se supera exitosamente la definición del método habrá que observar como se conduce el árbitro de la contienda. En tercer lugar estaría el tema del acatamiento del resultado una vez que se desarrolle la elección interna, cómo se comportarán los ganadores y los perdedores, será crucial para construir hipótesis sobre el éxito o fracaso de la candidatura ganadora.

Otros temas y factores relevantes por definir tienen que ver con la plataforma electoral y con las propuestas centrales de la campaña, hacia dónde se orientarán las propuestas, cuál será el posicionamiento del PRI respecto a las reformas estructurales, la seguridad pública, el combate a la pobreza, la educación y la seguridad social entre los temas más relevantes. En qué sentido la sucesión presidencial puede coadyuvar a una redefinición ideológica y programática del priísmo. Del lado de la coalición dominante, qué tanto ayudarán las herencias de la disciplina partidista para no fracturarse, sobre todo para las fracciones a las que no les favorezca la distribución de los incentivos selectivos. Por último, el factor Elba Esther Gordillo puede ser determinante para que la coalición dominante se mantenga unida o se fracture a partir de los múltiples intereses en juego.

Así, el PRI enfrenta una de las elecciones más cruciales de su historia, la de construir una candidatura exitosa



que le permita retomar el poder de la presidencia de la República y con ello demostrar su gran capacidad de adaptación a entornos electorales altamente competidos, o volver a perder la elección y ahora sí ponerse a pensar en serio en su refundación vía la desintegración y la creación de una o más organizaciones partidistas, como nuevas alternativas de sobrevivencia política para algunos liderazgos y grupos de la actual estructura priísta. En síntesis, cualesquiera que sean los resultados de los procesos en curso, nos mostrarán la dirección y el sentido que toman los procesos de recomposición de la coalición dominante priísta, cuya característica principal es el cambio constante.